

MORIR CRISTIANAMENTE

Estamos siempre naciendo, y con la muerte acabamos de nacer. De este modo, la muerte pierde su carácter de brutal interrupción del ciclo de la vida para transfigurarse en un dichoso paso a la plenitud de la vida. En este sentido, morir sería atender a una llamada de Dios, que nos quiere en su casa, a la que pertenecemos desde toda la eternidad.

San Francisco de Asís, el primero después del Único, murió cantando, agradeciendo a la vida todo cuanto esta le había proporcionado. Morir es, pues, cerrar los ojos para ver mejor, como dijo José Martí, el mejor de los cubanos. Ver el sentido del universo y nuestro lugar en el conjunto de todos los seres, grávidos del Misterio en el que habremos de sumirnos: he ahí la gran revelación que nos será comunicada más allá de la muerte.

Esta forma de verlo ayuda a humanizar la muerte y a desdramatizar los casos de enfermedad terminal, porque, como dicen los existencialismos, no vivimos para morir, sino para resucitar, para vivir más y mejor, como creen los cristianos.

Un caso aparte lo constituye la opción de uno de los principales teólogos de nuestro tiempo, Hans Küng, con su gigantesca obra sobre distintas áreas del conocimiento: la teología, la filosofía, las religiones, el ecumenismo, la ética y la política. Gravemente afectado por el mal de Parkinson, que le impide utilizar sus manos y le ha reducido notablemente la vista, se lamentaba de que ya no podía hacer nada de lo que hacía como profesor, conferencista y escritor. Afirmaba no reconocerse ya a sí mismo y que, por eso, la vida había perdido para él su sentido, por lo que la muerte asistida sería una solución tranquila y feliz. Y en este sentido ha afirmado su deseo de recurrir a la muerte voluntaria y asistida en Suiza. Su país natal, donde tal recurso está legalmente reconocido.

Como teólogo y colega, me permito hacer algunas consideraciones. Y comienzo preguntando: ¿No se dará aquí una identificación entre la autoimagen de gran escritor y pensador y la realidad concreta de su persona? Toda persona es mucho más que la imagen que de ella tienen los demás y ella misma. En teología, constituye un grave equívoco identificar la imagen de Dios con el propio Dios. Y lo mismo ocurre con la persona humana, que es más que todas sus posibles imágenes.

Como persona humana, cada uno de nosotros es un proyecto infinito que encierra dentro de sí innumerables posibilidades y que ninguna realización personal puede agotar. Si ya no puede ver ni leer ni escribir como lo hacía antes, sí puede tranquilamente hacer otras cosas que entran dentro del ámbito de su proyecto infinito y que habrán de devolverle, sin duda alguna, un sentido para su vida.

Tal vez una situación como esta pueda dar lugar a un viaje espiritual rumbo al propio corazón. Es posible vivir esta situación ante Dios como una forma de comunión y de entrega confiada a sus designios. Incluso es posible, con un cierto sacrificio, visitar a enfermos, transmitirles palabras de ánimo y servir de ejemplo de cómo, a pesar de sus limitaciones, todavía pueden realizar obras humanitarias.

Una persona vale infinitamente más que todos los libros que puedan escribirse. Si

consigue devolver la esperanza a otra persona desarraigada de su medio y provoca en ella sentimientos de resignación confiada, haciendo que se sienta «en la palma de la mano de Dios», de quien acepta serenamente su misterioso destino, habrá hecho una de las mayores obras de misericordia. Y eso vale más que toda una biblioteca.

Pero hay otro punto de gran densidad teológica que tal vez no haya tenido en cuenta el eminente teólogo: aprovechar esa situación límite para sentirse solidario con todos cuantos en el mundo sufren igual que él. Entre los que sufren se establece un lazo de comunión secreta que transmite energía y sentido de la vida.

Y hay además un último punto, en esta ocasión de orden místico. Hans Küng —que escribió tanto y tan bellamente acerca de Jesús, de su saga, de su pasión y muerte violenta y acerca del modo de ser cristiano en el mundo de hoy en seguimiento de Jesús— habría abierto, con esa situación, una posibilidad única de sentirse unido al Cristo sufriente, como sugiere san Pablo en sus cartas.

Se trata de sufrir con Cristo, que, según Pascal, sigue agonizando en la historia. Se trata de completar lo que falta al sufrimiento del Cristo cósmico, sufriendo con Él y ofreciendo tal sufrimiento en favor de todos los que sufren en el mundo.

Las grandes mayorías anónimas y pobres de la humanidad penden de una cruz. Asociarse a ellas y sufrir su cruz personal tal como ellas la sufren, generalmente en silencio y con resignación, conferiría a Küng una gran dignidad y haría que su corazón se expandiera generosamente.

Morir tranquilo, sin dolor, con la serenidad que proporcionan poderosos fármacos, parece hacer realidad el ideal mediocre y pequeño-burgués de quien ha perdido los lazos de conexión con el universo, que también sufre los dolores de parto (cf. Rm 8,22), con la Tierra crucificada, con la humanidad sufriente y con Cristo, que sigue sufriendo en sus hermanos y hermanas y cuya resurrección no habrá quedado aún completa mientras ellos y ellas no hayan resucitado.

Morir en esa comunión, incluso en medio de dolores y limitaciones de todo tipo, es morir cristianamente. Es morir como cristiano, seguidor del Crucificado, no como un estoico que soporta la muerte porque es algo propio de la vida, pero sin darle un sentido humanizador, porque no consigue escapar de ella.

Escribo esto al amigo, al compañero de tribulaciones, porque juntos hemos sufrido las persecuciones de las autoridades eclesiásticas del Vaticano; juntos hemos sido difamados; nuestras intenciones han sido distorsionadas, nuestro trabajo impedido o perjudicado. Pero todo lo hemos soportado gracias a unas convicciones más fuertes que la cómoda carrera académica de una universidad famosa. No morimos simplemente porque nos ha llegado la hora; morimos porque sentimos la llamada del Padre, que viene a buscarnos y llevarnos a la casa que siempre hemos ansiado y a la que pertenecemos desde toda la eternidad.

Morir así es digno. La muerte es la hermana que viene a buscarnos para abrir la puerta del Reino de la Trinidad, que es amor, comunión y vida eterna.

L. BOFF *La Tierra está en nuestras manos. Una nueva visión del planeta y de la humanidad*, Maliaño (Cantabria) 2016, pág. 95-97